

POR QUÉ JUAN CAMBIÓ DE IDEA

Juan tomó la moneda que su madre le había dado para la ofrenda, y se dirigió a la escuela sabática. Caminaba lentamente, pensando en todo lo que podría comprar si la pudiera guardar para sí.

“Podría comprar una linda manzana, o algunos caramelos, o algunas bolitas, o... ¡cómo quisiera guardármela!” se decía a sí mismo.

En la escuela sabática, cuando los demás niños fueron marchando para depositar la ofrenda en la cajita misionera, Juancito se guardó la moneda en el bolsillo. “La señorita Estrada no lo sabrá. Pensará que me olvidé de traer la ofrenda”.

Durante toda la lección, Juancito hizo un esfuerzo por escuchar. Pero no podía dejar de pensar en la moneda. A cada momento palpaba el bolsillo para estar seguro de que no se le había caído.

Luego pensó: “No quiero que mamá sepa que la he guardado. Si la dejo en el bolsillo, con seguridad la encontrará”.

Después del culto, Juancito se apresuró a regresar a su casa. Con mucho cuidado escondió la moneda bajo la alfombra de su pieza. Generalmente a Juancito le gustaba quedarse levantado hasta tarde. Pero aquella noche se alegró cuando llegó la hora de acostarse. Antes de meterse en la cama echó una mirada debajo de la alfombra para estar seguro de que su moneda estaba allí. Sí, allí estaba. Sin embargo, Juancito no pudo dormir bien. Soñó y soñó toda la noche.

“Hoy no tendré nada de arroz para comer”, decía un pobre chinito harapiento a un compañerito de juegos, mientras se alejaban de la casa del misionero.

“¿Por qué?” le preguntó el amigo que acababa de comer su plato de arroz.

El muchachito pobre contestó: “Porque Juancito se quedó la moneda que su mamá le dio para la ofrenda para las misiones. Así que no podré tener ni un poquito de arroz. ¡Y tengo tanta hambre!”

Juancito siguió soñando. Oyó que alguien llamaba. Cuando miró, vio a una niña hindú parada en el umbral de un gran hospital. Una señora abrió la puerta y la niña le dijo que su madre necesitaba medicinas para el bebecito.

“Lo siento —dijo la misionera—, hoy no puedo darle medicina. Juancito se guardó la moneda que debía haber puesto en la ofrenda para las misiones, así que hoy tendrás que regresar sin medicina”. La niña se dio vuelta y se alejó. Tenía lágrimas en los ojos, al pensar en su hermanita que estaba tan enferma.

Después Juancito oyó a un muchachito africano que hablaba. “¡Oh, qué pena! ¡Ojalá Juancito no se hubiera guardado la moneda! He estado esperando aquí durante una semana entera para poder entrar en el orfanatorio. ¡Tengo tanta hambre y no tengo dónde ir! ¡Pero he sabido que Juancito va a comprar caramelos o bolitas con su moneda!”

De repente Juancito se despertó y se sentó en la cama. “¡Oh, qué sueños horribles he tenido!” dijo restregándose los ojos.

Saltó de la cama y fue a mirar debajo de la alfombra. Sí, la moneda estaba allí. Pero ahora deseaba que la señorita Estrada la tuviera. Se daba cuenta de que se sentiría mucho más feliz si su moneda fuera usada para ayudar a los pobres niños de sus sueños. Ese era el destino correcto de su moneda, porque ellos la necesitaban mucho más que él. ¿Por qué se le ocurrió guardarla?

En pocos minutos Juancito estuvo vestido y listo para el desayuno. Pero antes de comer, corrió a la casa de la señorita Estrada. Halló a su maestra trabajando en el jardín.

“Buenos días”, dijo la señorita Estrada.

Juancito había corrido tan ligero que apenas podía hablar. “Le he traído mi ofrenda para las misiones”.

“Muy bien, Juancito”, dijo la maestra. “La llevaré a la iglesia”.

Juancito le dio las gracias y pensó: “Me alegro de haber soñado esos sueños horribles antes de haber gastado mi moneda para las misiones. ¡Pensar que la estaba por gastar para mí mismo!”